

REXISTENCIA

KADER ATTIA

Todas las letras del alfabeto tienen un origen que podemos reconocer. Cuando Victor Hugo, en su escrito *Viajes a los Pirineos y los Alpes*, publicados en 1843, compara la letra «Y» con un hombre que reza levantando los brazos al cielo, o con dos ríos que se encuentran al pie de una montaña, haciéndonos comprender que, aunque la fuerza reside en la unidad, ésta no puede existir sin diversificación. En la multiplicación de energías ramificadas que hallamos en la naturaleza, también existen los rizomas, que influyeron profundamente en el pensamiento de los filósofos Gilles Deleuze y Félix Guattari. Las plantas tuberosas se ramifican sin cesar bajo tierra, sus raíces conectándose en una inmensa red que estructura una fuerza colectiva subterránea, alternando multiplicidad y unión, lo que permite la supervivencia y el desarrollo de estas especies vegetales a lo largo del tiempo.

Las poderosas imágenes que Victor Hugo vio en la letra «Y» también se funden con la del combatiente de la resistencia, apuntado por soldados del Imperio napoleónico en la pintura *El 3 de Mayo de 1808 en Madrid: los fusilamientos de patriotas madrileños* (1814) de Francisco de Goya. Frente al pelotón de fusilamiento, el hombre levanta los brazos al cielo, formando la «Y» de la resistencia. Goya, artista inmenso, supo dirigirse tanto a la burguesía de su tiempo como a los oprimidos, ya fuera por un ejército invasor o por el poder local.

Deleuze y Guattari desvelaron y cuestionaron más tarde estas complejas formas de control y represión ejercidas por el capitalismo y el imperialismo sobre las libertades individuales y colectivas. Esta lógica letal de un poder unidireccional —lo que el historiador camerunés Achille Mbembe llama «necropolítica»¹— ha sido siempre enfrentada por intelectuales sensibles ante la insoportable subyugación de los pueblos por una estructura ciegamente explotadora; ciega, porque se consume en la certeza de un poder que se cree absoluto.

A mediados del siglo XVIII, el protestante Jean Calas fue ejecutado injustamente por los monarcas católicos, acusándolo de haber matado a su propio hijo para impedir que se convirtiera al catolicismo. Su memoria fue reivindicada por Voltaire, arquetipo del intelectual comprometido con la justicia durante la Ilustración. Más tarde, Émile Zola consagró toda su energía y ética a defender al capitán Alfred Dreyfus, degradado y condenado por espionaje en el más infame caso de antisemitismo del siglo XIX.

Estas figuras literarias y filosóficas se enfrentaron a crímenes que manipularon la opinión pública para incriminar a sectores enteros de la sociedad porque no tenían otra opción. La resistencia forma parte de nuestra naturaleza humana. Gracias a ella, el *Homo sapiens* pudo defenderse por primera vez de un entorno hostil, innovar técnicamente e inventar la agricultura, la rueda y tantas otras cosas. Resistir es existir.

Toda resistencia es una búsqueda de existencia. Esta idea me llevó a crear un neologismo, para continuar el legado de Félix Guattari, maestro en este terreno, inventor de «caosmosis» y otras fusiones extraordinarias de palabras y conceptos, porque creo que la resistencia es una forma de existencia, hablaré desde ahora de rexistencia.

La manera en que la «Y» puede compararse con el hombre que reza alzando los brazos, con el combatiente de la resistencia que se enfrenta al fusilamiento imperialista, con las raíces que se extienden como ramas de un árbol, está impulsada por una fuerza de existencia que implica que una vida nunca se detiene ni se borra completamente. Nunca morimos del todo: dejamos huellas que se reproducen hasta el infinito. Cuando Larbi Ben M'hidi, líder de la resistencia argelina en el maquis de Argel, fue arrestado el 16 de febrero de 1957 por el coronel Bigeard, este, convencido de la victoria inevitable de Francia, le propuso colaborar para salvar su vida. Ben M'hidi entonces citó las palabras del «Chant des partisans: Ami, si tu tombes, un ami sort de l'ombre à ta place» (Amigo, si caes, otro amigo saldrá de las sombras para ocupar tu lugar).

El general quedó profundamente conmovido. Nunca lo reconoció públicamente, pero su admiración por el «Señor» que fue Ben M'hidi —de quien diría al final de su vida que le habría gustado tenerlo como jefe en sus propias tropas— se refleja en sus escritos. Menciona que, en ese preciso instante, supo que la guerra solo podría ganarla

Argelia, que lo que veía era una liberación. De hecho, en Argelia nunca se utiliza la palabra «guerra» para referirse a aquel periodo de lucha por la independencia, sino el término árabe *thawra*, que significa revolución.

Del mismo modo, las ideas de emancipación —en particular, la independencia— no mueren. No se fosilizan: hibernan, como semillas, y un día despiertan para multiplicarse nuevamente. Incluso cuando los herederos de los combatientes, ya liberados, no logran imaginar un nuevo proyecto de sociedad, llegará el momento en que brote una nueva generación que luchará por el cambio social. Negar esto es ignorar la fuerza metafísica de la existencia, quizás porque resulta más fácil convencerse de la aparente buena intención de un crimen, ya sea por razones económicas, religiosas o ideológicas.

Estamos hechos de huellas, y cada una de ellas termina siempre dando origen a energías resistentes que consolidan su existencia: impresiones inmutables y mnémicas, impulsadas por la fuerza vital, sin la cual no habría habido evolución en la Tierra ni existiría la vida. Todo ser vivo es un ser que se reproduce a sí mismo.

El misterio de las revoluciones siempre me ha fascinado desde múltiples perspectivas. Ya sea a través de la ciencia —con la teoría de la evolución de las especies de Darwin y Wallace—, la política y la economía, la historia del colonialismo o la lucha de clases, su lectura nos remite constantemente a una genealogía común de la especie humana y a su relación ambivalente con el entorno natural. Quizás también por haberme topado con *La Nueva Era* (1887), un poema de Louise Michel que, como el texto de Victor Hugo o las palabras de Ben M'hidi, me inspiró profundamente para *Intifada: los rizomas infinitos de la revolución*.

En el poema, la anarquista evoca la primavera tras el mes de mayo de la Comuna de París. En sus palabras, los cuerpos de los comuneros caídos yacían dormidos sobre los adoquines de París, germinando desde su moho, y de esa germinación nacía nueva vida. Louise Michel, que creció en una antigua mansión semiderruida donde «el viento silbaba como lo hace en los aparejos de un barco de vela»², describe la atmósfera primaveral, las flores que brotan, la naturaleza reclamando sus derechos.

Siempre he querido compartir, con quienes se encuentran anónimamente con una obra de arte, una experiencia artística física, simple y poética, la importancia del discurso emancipador que lucha contra la injusticia y su paradoja: esa ciega certeza de que no puede ser sacudida ni cuestionada. La agencia que define la vida, la capacidad de los seres humanos de no aceptar jamás el yugo de un poder que los oprime y explota —y que, sobre todo, busca perpetuarse—, es la respuesta más fundamental a esa fantasía que produce el desgaste del poder, por muy tecnológicamente superior que este sea. El uso de la honda, que existe desde la Antigüedad y resurgió durante la Intifada que comenzó en los años 80, es el símbolo mismo de la resistencia. Para mí, es esencial insistir en esta palabra: «*resistencia*», porque creo que la resistencia de la Intifada debe leerse a través de la fuerza vital de la existencia. Porque, diga lo que diga el ciego mundo de la política, nada podrá detenerla jamás: ha fundido en sí misma una existencia-resistencia que extrae de la condición humana la serena fuerza de su supervivencia. Nadie puede eliminar a un pueblo que lucha por su libertad. Es así de simple.

Y más aún, en un tiempo en que tantos errores irreparables de la humanidad se han sucedido ante nuestros ojos: el Holocausto; los genocidios de los pueblos originarios de América, de los herero y nama en la actual Namibia, de los armenios y los tutsis en Ruanda. Creer que se puede borrar por completo a un pueblo es delirante, porque es irreal. Enterrarlos bajo toneladas de escombros bombardeándolos deliberadamente —como ocurrió en la región de Aurès, en Argelia, donde luego los campesinos fueron rematados por paracaidistas— nunca impidió que ese país se levantara por su *thawra*, su revolución.

Del horror de su exterminio, del entierro bajo los escombros, los pueblos oprimidos siempre terminan resurgiendo, levantándose una vez más, regresando a la superficie. De esa germinación de cuerpos putrefactos bajo tierra florece una nueva resistencia, que acompaña con serenidad ese instinto revolucionario que duerme en lo profundo de todo ser humano.

1. Mbembe, Achille. *Necropolitics*. Durham: Duke University Press, 2019.

2. Louise Michel, *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel*. University, Ala.: University of Alabama Press, 1981.

REXISTANCE

KADER ATTIA

The letters of the alphabet all have an origin that we can still make out. When Victor Hugo, in his travel writing *The Alps and Pyrenees* (1843), compares the “Y” to the praying man raising his hands to heaven, to two rivers meeting at the foot of a mountain, he opens our eyes to the idea that, while there is strength in unity, there can be no unity without ramification. In the multiplication of branching energies found in nature, there are also rhizomes, which profoundly influenced the thinking of philosophers Gilles Deleuze and Félix Guattari. Tuberous plants branch out endlessly in the soil, their roots connecting in an immense network, structuring a collective, subterranean force that alternates multiplicity and junctions, enabling the survival and development of these plant species over time.

The powerful images seen by Victor Hugo in the letter Y also merge with those of the Resistance fighter held at gunpoint by soldiers of the Napoleonic Empire in Francisco de Goya's painting *El 3 de Mayo de 1808 en Madrid: los fusilamientos de patriotas madrileños* (1814). Facing the firing squad, the man raises his arms to the sky, forming the “Y” of resistance. An immense artist, Goya was just as capable of addressing the bourgeoisie of his time as the oppressed—whether by an invading army or a local force.

Deleuze and Guattari later revealed and questioned these complex forms of control and repression exercised by capitalism and imperialism over individual and collective freedoms. This deadly logic of one-way power, which the Cameroonian historian Achille Mbembe calls “necropolitics”¹, has always been resisted by intellectuals sensitive to the unbearable subjugation of peoples by a blindly exploitative structure; blind from being worn down by the certainty of its power, which it believes to be absolute.

In the mid-eighteenth century, the Protestant Jean Calas was unjustly executed by the Catholic monarchs, who accused him of having murdered his own son to prevent him from converting to Catholicism. His memory was redeemed by Voltaire, the archetype of the intellectual committed to justice during the Enlightenment. Later, Émile Zola devoted all his energy and ethics to defending Captain Alfred Dreyfus, who was degraded and sentenced to prison for spying in the most infamous anti-Semitic affair of the late nineteenth century.

If these literary and philosophical figures stood up against crimes that manipulated public opinion to incriminate a whole section of the population, it was because they had no choice. Resistance is part of our human nature. This ability enabled *Homo sapiens* to fight off a hostile environment for the first time, to innovate technically and to invent agriculture, the wheel, and so on. To resist is to exist.

All resistance is a quest for existence. This idea has given rise to a neologism in me, to continue the legacy of Félix Guattari, a master in this field, by inventing “chaosmoses” and other extraordinary fusions of words and concepts. Because I believe that resistance is a form of existence, I will henceforth speak of “rexistance”.

The way in which the Y can be compared to the praying man raising his arms to the sky, to the resistance fighter opposing the imperialist murder of Napoleon's armies, to the roots that spread out like the branches of a tree, is driven by an agency of existence that means that a life is never completely stopped and erased. We never really die: we leave traces that reproduce themselves ad infinitum. When Larbi Ben M'hidi, the leader of the Algerian resistance in the Algiers maquis, was arrested on 16 February 1957 by Colonel Bigeard, the latter, claiming that France's victory was inevitable, suggested that he collaborate in order to save his life. Ben M'hidi then quoted the words of the *Chant des partisans*: “Ami, si tu tombes, un ami sort de l'ombre à ta place” (Friend, if you fall, a friend comes from the shadows to take your place).

The General was deeply affected by this response. He never admitted it publicly, but his admiration for the “Lord” that was Ben M'hidi—of whom he would say at the end of his life that he would have liked to have had a “boss” like that in his troops—shines through in his writings. He mentions that he knew at that precise moment that war could only be won by Algeria, which it saw as a liberation. Moreover, in Algeria, the word “war” is never used to refer to this period of fighting for independence; the Arabic word *thawra* is used, which means revolution.

In the same way, the ideas of emancipation, and particularly independence, do not die. They do not fossilise; they hibernate for a time, like seeds, and one day wake up to multiply again. Even when the heirs of the combatants, once liberated, are unable to invent a new project for society, the time will come when the buds of a new generation will be born, working for social change. To deny this is to ignore the metaphysical force of existence, probably because it is easier to convince oneself of the good intention of one's crime, whether for economic, religious, or simply ideological reasons.

We are made up of traces, and each one always ends up giving birth to resistant energies that cement its existence: these unchanging, mnemonic imprints are driven by the agency of existence, without which there would have been no evolution on Earth, and therefore no life. Every living being is a being that reproduces itself.

The mystery behind revolutions has always attracted my attention, from a wide variety of fields. Whether through science, through Darwin's and Wallace's theory of the evolution of species, through politics and economics, through the history of colonialism or the class struggle, its reading constantly brings us back to a common genealogy specific to the human species and to the ambivalent relationship it has with the natural environment. Probably also because I came across *The New Era* (1887), a poem by Louise Michel which, like Victor Hugo's text or Ben M'hidi's words, inspired me a great deal for *Intifada : The Endless Rhizomes of Revolution*.

In it, the anarchist evokes spring, after the month of May of the Paris Commune. In her words, the bodies of the fallen Communards lay dormant on the paving stones of Paris, germinating from their mould, and from this germination new life was born. Louise Michel, who grew up in an old manor house that was almost in ruins, where "the wind whistled, as it does through the rigging of a sailing ship,"² describes in this poem the atmosphere of spring, flowers blooming, nature reclaiming its rights.

I've always wanted to share with people, with the anonymous viewers who encounter a work of art, in a physical artistic experience, in a simple and poetic way, the importance of the emancipatory discourse that fights against injustice and its paradox: the blind certainty that it can in no way be shaken or called into question. The agency that defines life, the capacity of human beings to never accept the yoke of a power that oppresses and exploits them and, above all, seeks to perpetuate this iniquitous process, is the most fundamental response to this fantasy produced by the wear and tear of power, however technically superior it may be. The use of the slingshot, which has existed since Antiquity and was revived in the Intifada that began in the 1980s, is the very symbol of resistance. It's very important for me to insist on this word, *resistance*, because I think that the resistance of the Intifada should be read through agency of existence, in the sense that, whatever the blind men of politics may say, nothing can ever stop it, because it has fused within itself an existence-resistance that draws from human nature the quiet strength of its survival. No one can eliminate a people who are fighting for their freedom. It's as simple as that...

Particularly at a time when so many of humanity's irreparable mistakes have succeeded one another before us—the Holocaust, the genocides of the Native Americans, the Herero and Nama in what is now Namibia, the Armenians, and the Tutsis in Rwanda. To believe that we can wipe out an entire people is delusional, because it is unrealistic. Burying them under tons of rubble by deliberately bombing them, as was the case with the villages of Algeria in the Aurès region, where the peasants were then assaulted by paratroopers who finished the job, never prevented that country from rising up for its *thawra*, its revolution.

From the horror of their eradication, from their burial under rubble, oppressed peoples always end up emerging, rising again, coming back to the surface. From this germination of bodies rotting underground, new resistance will blossom, serenely accompanying the revolutionary instinct that lies dormant deep within every human being.

1. Mbembe Achille, *Necropolitics*. Durham: Duke University Press, 2019

2. Louise Michel, *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel*. University, Ala.: University of Alabama Press, 1981